

un provincial de carmelitas llamado Mustaeus, de opiniones luteranas, fué sorprendido y castrado por disposición del obispo.

No se había organizado todavía de una manera fija y sistemática la persecución; y aun donde era mas viva, como en los países del Austria y de Baviera, la nueva doctrina, perseguida en un punto, volvía á levantarse en otro. Cuando el joven bachiller Arsacio Seehofer, de la universidad de Ingolstadt, fué sentenciado á retractarse de la doctrina de la justificación expuesta por Lutero y á ser encerrado en el convento de Ettal, una señora evangélica, Argula de Staufen, esposa del tutor del duque Federico de Grumbach, salió á su defensa. Esta, siendo todavía niña de diez años, había leído la Biblia alemana antes que Lutero entrase en escena, y en virtud de su conocimiento de la Sagrada Escritura trató de ilustrar á los profesores de Ingolstadt, y envió cartas á los consejos municipales de Ingolstadt y de Regensburg, al duque de Baviera y al elector de Sajonia, refutando las objeciones de la filosofía y de la jurisprudencia, que en su concepto estaban fuera de lugar en esta materia, lo mismo que la teología, que á su juicio nada tenía de divina. Por lo demás amonestó también á Lutero para que abandonase el celibato. El ejemplo de Argula tuvo imitadoras: un año después (1524), Ursula Weydin, de Eisenberg, publicó un escrito de polémica evangélica contra un libro del abad Simon de Pegau; y la esposa de Zell, predicador en Estrasburgo, escribió un discurso para consolar á sus «hermanas en Cristo» expulsadas de Keuzingen. El fanático profesor Hauer de Ingolstadt se queja amargamente en otro escrito de las simpatías que en favor de las doctrinas de Lutero manifestaban en muchas ciudades las «perras herejes» y las «tantas desesperadas.» Durante el movimiento husita habían predicado mujeres desde el púlpito, habían manejado la pluma y hasta habían consagrado ellas mismas el pan y el vino para la comunión. No es de extrañar tal ingerencia y exageración en el sexo débil en tiempos de excitación religiosa, cuando el ya citado predicador Zell había dicho expresamente en Estrasburgo, en uno de sus sermones, que todos eran sacerdotes, sin exceptuar las mujeres.

La represión en Baviera y Austria despertó también la pasión del martirio entre los adeptos de la nueva doctrina. Entre los mas horribles tormentos la proclamó un fraile en Rattenberg; lo que dará idea del grandísimo efecto que produjeron algunos predicadores con sus sermones, es el caso de Jacobo Strauss de Basilea, cuyo púlpito portátil fué llevado por la multitud entusiasmada en Hall, en 1522, al aire libre. Allí Strauss atacó con sus sermones al clero católico y cuando tuvo que salir de la ciudad ocupó su lugar el ya citado Urbano Rhegius. No fué solamente en el Tirol septentrional donde se manifestó el movimiento de reforma luterana, habiéndose encontrado libros de Lutero en todas las celdas del convento cisterciense de Stams, sino que también se observó el mismo fenómeno en el Tirol meridional, donde hubo un canónigo de Innichen que hacia la propaganda luterana y un sastrero que predicaba públicamente en Brixen. Pablo Speratus, que es quizás el mismo individuo conocido por Spreter de Rottweil, llevó la propaganda en corto tiempo á las comarcas mas distantes entre sí. En Wurzburg, Salzburgo y Viena llamó grandemente la atención con sus sermones, y en esta última ciudad pudo predicar en enero de 1522 desde el púlpito de San Estéban con anuencia del obispo Slatkonia y declarar la guerra en toda forma á los votos monásticos. Por exigencias de la facultad de teología tuvo que retirarse de Viena, y llamado á Hungría, fué denunciado como hereje. Después fué contratado como predicador por el abad de un convento de dominicos en Iglau que

ignoraba sus tendencias luteranas; pero los frailes advirtieron luego el engaño, y como por otro lado tampoco duró el entusiasmo que al principio había despertado en el público, después de una dura prisión se vió obligado á salir de Iglau en 1523, trasladándose á Wittenberg. Allí se dedicó á escribir; pero ya en 1524 fué llamado á Königsberg y á esta ciudad se dirigió con el consentimiento de su comunidad morava.

Un fugitivo, Andrés Knopken, expulsado en 1521 de Pomerania, había llevado el germen del movimiento reformista á la lejana Livonia, donde fué muy bien recibido por la población de Riga. Encontró también una disposición muy favorable en Gualterio de Plettenberg, maestro de la orden teutónica; y tanto trabajó, que en 1523 Lutero pudo dirigir un escrito á «sus queridos y excelentes amigos de Dios y á todos los cristianos de Riga, Reval y Dorpat.» Pronto el predicador Tegetmeier en Riga y el peletero fanático Melchor Hoffmann, en Dorpat, excitaron á la multitud á destruir todas las imágenes, sin que valiera una orden imperial para que se respetara el antiguo estado eclesiástico; y el mismo comandante del castillo de Riga envió á los vecinos de la ciudad un látigo con el recado que lo usaran contra el clero si querían vivir en paz.

Los tumultos y desórdenes que acompañan inevitablemente á todas las grandes revoluciones suelen ser á menudo, en sus últimas manifestaciones, causa de terror y asombro para los mismos jefes del movimiento; y no es lo menos curioso é interesante que los mismos que mas se glorifican de haber concluido con lo antiguo, no saben desprenderse de los antiguos hábitos que tanto condenan en sus contrarios. Esto se explica desde luego si consideramos que los hombres no cambian de ideas radicalmente como por arte mágica. En el presente caso vemos conservarse la barbarie de los antiguos germanos después de siglos de rigurosa y sistemática disciplina de la iglesia romana; y también sobrevivió á la reforma gran parte de las creencias de la Edad media así como el fanatismo monástico; de suerte que no hay que admirarse de encontrar en los mismos representantes de la reforma huellas indelebles del despotismo eclesiástico al cual tanto combatían. La Iglesia dominante procuraba matar por medio de la fuerza toda opinión que discrepaba de la suya; y de consiguiente era natural y explicable que los partidarios de la nueva religión en su marcha impetuosa hacia adelante usaran también de la fuerza contra los defensores obstinados de la religión antigua. Así vemos que en Nuremberg las monjas de Santa Clara, insultadas y amenazadas por el populacho, fueron obligadas por orden del consejo municipal á asistir á los sermones luteranos, y tres de ellas fueron sacadas del convento á la fuerza, y materialmente arrastradas hasta la calle por sus propios parientes. Sin embargo, hay que preguntar á los historiadores ultramontanos que no se cansan de describir tales escenas bárbaras y de expresar su compasión hacia las pobres víctimas, si semejantes brutalidades de los reformadores contra los católicos son las únicas que merecen mencionarse, y no se han de recordar las causas y los horrores practicados contra los herejes. No pueden compararse algunos bofetones y puñetazos dados á las monjas de Santa Clara de Nuremberg con la mutilación de Mustaeus y los tormentos que se hicieron sufrir á Enrique de Zutphen. Muy al contrario, casi excita á risa que la abadesa *Charitas* se indigne, según escribió á Pirkheimer, de que se quisiera imponer por fuerza á las monjas una religión que no tenían en el corazón, pues esto era precisamente la antigua rutina eclesiástica de que no supieron desprenderse los innovadores. Así en los rudos y cínicos ataques de muchos predicadores de la nueva religión, que en sus polémicas y sermones se

servían del lenguaje mas al alcance de la inteligencia y de las pasiones del pueblo, se reconocían el estilo y la manera de los antiguos frailes mendicantes; y así un fraile de Erfurt en su sermón contra la religión católica, aconsejó á sus oyentes evangélicos hacer la señal de la cruz al solo nombre de la iglesia católica como si fuera el diablo. No faltaron partidarios de la religión nueva que se hicieron cargo de las exageraciones de algunos predicadores, que Eberlin llama «asnos con piel de león» que «hablan y charlan de la palabra de Dios sin temor ni gravedad.» El exceso de mezclar en los discursos y escritos frases y citas de la Biblia sin venir á cuento, bien podía justificar la opinión de un humanista católico de Erfurt, que hablando del afán con que sus contrarios se jactaban de parecerse á San Pablo, decía que le llevaban en la boca como un buey á un ruseñor. No hay que decir que semejantes ejemplos no produjeron siempre buen efecto entre la gente lega, incitada á seguir su propio criterio; y cuando Eberlin, dirigiéndose á los habitantes de Erfurt, que en el mercado, las posadas y tabernas tenían cuestiones teológicas, les dijo que para ser cristiano no bastaba hablar mal del clero ni comer carne en los días de abstinencia ni confesar ni tomar la comunión, quedaron muchos sorprendidos al oírle. Juan Sachs reconvinó también por la misma causa á algunos que se llamaban luteranos.

Casi nunca se establece una libertad nueva sino cuando sus promovedores tienen durante la lucha un completo dominio sobre sí mismos y una educación adecuada. Entonces se trata de desembarazarse de la tiranía opresora de una clase privilegiada; y cuando un movimiento de este género se declara y nace viable, toma en las masas inevitablemente un carácter mas ó menos democrático. El humanismo en sus ensueños literarios se había lisonjeado con la esperanza de reformar la Iglesia en el sentido de Erasmo y de realizar la civilización cristiana clásica con auxilio de un pontificado y un episcopado modernos; pero lo que hizo fué preparar una conmoción de las masas, cuyas convulsiones amenazaban derribar, no solamente el orden eclesiástico, sino también el edificio maravilloso de la ciencia y de la belleza antiguas, que acababa de salir de los escombros de que le habían cubierto los siglos. El pueblo, ilustrado por los humanistas respecto de la opresión clerical, aplicó la nueva ilustración de un modo tan material y tangible, que muchos de los humanistas agitadores, eruditos y literarios, empezaron á tener miedo. El humanista que había creído apoderarse con elegancia aristocrática y superficial de la cuestión religiosa, quedó desilusionado y descubrió que jamás había penetrado en el alma del pueblo. Los predicadores luteranos, dice Strauss, no tenían la inteligencia de un Erasmo; pero resolvieron un problema que ningún Erasmo hubiera podido resolver. Hubo humanista que creyó ver en los nuevos apóstoles del Evangelio los antiguos enemigos, con los mismos hábitos sucios que antes llevaban. Tan furiosos ataques dirigían contra toda vida inteligente superior. Eobano Hessius vió la decadencia de la universidad de Erfurt y con el corazón destrozado contempló cómo sucumbía toda la ciencia bajo los ataques brutales de los predicadores luteranos. Melancton mismo encontró las lamentaciones de su amigo perfectamente fundadas, y dice en uno de sus escritos del año 1524 que debiera cortarse la lengua á los predicadores que pretendían apartar del estudio á la juventud. Por lo demás, Eobano fué denunciado en Wittenberg por el predicador Lang como desafecto al nuevo estado de cosas y como aliado secreto de los «sofistas». La suerte fatal del humanismo alemán está muy típicamente representada en el anciano é infeliz canónigo Muciano, cuyas rentas fueron reducidas, como hemos dicho ya en otra parte, al principio del movimiento de re-

forma; y después de la persecución del clero en Gotha en 1524 y durante la guerra de los campesinos cayó en la mayor miseria, hasta que la muerte vino en el año 1526 á librar de padecimientos á aquel infeliz enfermo, pobre y solitario. Sus discípulos y amigos le dedicaron lamentaciones poéticas, en las cuales, además de la prometida fama póstuma é inmortal, se le felicitaba por haberle los dioses evitado el ser testigo de las miserias que habían de sobrevenir.

¡Cuán rápido había sido el cambio que había experimentado el siglo desde el tiempo en que despertaron las inteligencias y en el cual era agradable vivir! La mayor parte de las universidades alemanas, tanto en el Norte como en el Sur, quedaron poco menos que desiertas. En Erfurt, entre los años de 1520 y 1526 el número de matriculados bajó de 312 á 14, y en Heidelberg se lamentó el senado igualmente en 1526 de que entonces había mas profesores que estudiantes. En Rostock, Francfort, Leipzig, Colonia, Basilea, Friburgo y Viena no se oían mas que lamentaciones sobre la decadencia de aquellas universidades; baste decir que el célebre profesor de derecho Zasio, lumbrera de la ciencia, tuvo en Friburgo solo seis oyentes y aun estos eran todos franceses. La guerra emprendida al principio solo contra la dialéctica escolástica no se había detenido en desacreditar á Aristóteles, «aquel pagano ciego y picarón,» sino que había pasado, en muchos de los nuevos predicadores, á renegar de toda la ciencia humana y aun de la misma razón natural, que según ellos no era el espíritu de Dios sino su adversaria mas decidida. Ciertamente Lutero en sus escritos anteriores, y hasta en su célebre declaración final de Worms, había ofrecido aceptar, además de las pruebas de la Biblia, las pruebas racionales; pero también es verdad que él mismo en su escrito contra los «profetas celestiales» publicado en 1525 prorrumpe en ataques contra la «razón natural, graciosa señora» que era invocada por soñadores como Karlstadt y por el populacho para decidir cuestiones de fe, «como si no supiésemos, añade, que la razón es la meretriz del diablo, que solo sabe blasfemar y profanar lo que Dios dice y hace.» Ya hemos dicho en otra parte que Lutero, no obstante su indignación contra los aristotélicos escolásticos, no se había desprendido de toda la escolástica; pues en el pasaje que acabamos de citar en que expulsa á la razón del dominio de la religión se encuentra la antigua teoría de Occam, que establecía la diferencia entre creer y saber, entre la fe y la ciencia: solo que el reformador, como dice Ritschl, muy lejos de la indiferencia del nominalismo frío, considera á la razón como un intruso descarado y enemigo personal de la fe y como tal la combate con todo el fuego de su temperamento. De todos modos es evidente la conexión de la escolástica con esta crítica propia de Lutero de la razón natural, y nada podía ser mas hostil y mas antipático al humanismo y á su filosofía religioso-platónica, según la cual el alma se eleva á Dios con sus dos alas, que son el conocimiento y el amor. Los hombres ilustrados y orgullosos del Renacimiento, que proclamaban la inspiración divina de Homero y de Platon, y un cristianismo anterior á Cristo, ¿cómo habían de aceptar ideas que calificaban á la razón natural de concubina del diablo, que declaraban necedad todo el saber humano, y vicios deslumbradores todas las virtudes de los antiguos? Aun admitiendo que Lutero, al condenar la ciencia, solo tuviera en la mente la antigua ciencia eclesiástica, no se podía impedir que sus adeptos mas pequeños extendieran este juicio, con horror de Melancton, á todos los estudios que no fueran puramente bíblicos. También se lamentaba el humanista suizo Glareano de que los tales enemigos de la ciencia vociferasen que no se necesitaba saber latin ni griego y que bastaban el alemán y el hebreo.

Vemos, pues, que en el tercer decenio los elementos propiamente humanistas se apartaron ya de la reforma religiosa, cuya aparición habían saludado al principio con tanto júbilo. La decadencia de los estudios y de las costumbres y la reaparición de la antigua barbarie, ó, como diríamos hoy, la faz revolucionaria que se asomaba entre el movimiento religioso apartaron de la reforma, no solamente á hombres como Wimpheling y Zasio, sino también á Muciano, Croto, Rubiano y por último hasta á Pirkheimer, que pasaron al campo enemigo. Muciano olvidó sus doctrinas misteriosas panteístas, Croto sus burlas anti-eclesiásticas, y uno y otro abandonaron su entusiasmo por Lutero, «la estrella matutina de Wittenberg» y «el nuevo San Pablo», para buscar contra la tempestad de la época el abrigo de la Iglesia, de la cual antes se habían mofado. Pirkheimer, carácter mas independiente que los anteriores, aunque no había admitido la doctrina nueva, no volvió en su fuero interno á la religion antigua para buscar en ella el término de sus dudas, sino para servir de ella contra los enemigos del humanismo. Su carácter religioso no estaba muy desarrollado, y lo mismo puede decirse de Erasmo, al cual se esforzó por apartar, todavía en el año 1524, de una polémica contra Lutero. Aun entonces para Pirkheimer la obra de Lutero era una obra necesaria, sin que por esto desconociera sus defectos, y solía decir que se necesitaba contra tanta descomposición un remedio de igual fuerza; y que de una contienda literaria entre Erasmo y Lutero solo podía resultar perjudicada la causa de la ciencia y de la verdad.

Los esfuerzos de Pirkheimer llegaron tarde; Erasmo había abierto ya las hostilidades á las cuales hacia algunos años se le impulsaba. No hay necesidad de repetir aquí los motivos mas hondos que le habían hecho antipáticas desde un principio la persona y la obra de Lutero; el contraste entre ambos caracteres era fundamental; hasta entonces no había producido choque, porque las relaciones que durante algun tiempo mediaron entre los dos habían sido muy frías y cautelosamente limitadas; mas la ruptura era inevitable, solo que Erasmo supo aplazarla durante algunos años, á pesar de lo mucho que le repugnaba de un lado el «tumulto» excitado en nombre del Evangelio, y del otro el abrazar la causa de sus antiguos enemigos, los frailes y escolásticos, y el poner su talento poderoso al servicio de la Iglesia, cuyas armas de costumbre, la abjuración, la prisión y la hoguera, no le causaban menos antipatía que la conducta agitada de los predicadores evangélicos y de sus partidarios «diabólicos.» Erasmo no podía comprender por qué había de ser imposible un acuerdo, para el cual en su opinion bastaba moderar la pasión por ambas partes y trabajar en bien del fin comun, que era la prosperidad de la cristiandad, sin emplear la fuerza ni precipitarse, ya que ambas partes estaban acordes en todos los artículos principales y su guerra giraba solamente alrededor de paradojas en parte ininteligibles y en parte accesorias. La idea que mas halagaba á Erasmo era que los eruditos, de comun acuerdo, dieran una solución pacífica á la contienda y que su acuerdo fuese comunicado en cartas secretas á las autoridades supremas, que eran el Papa y el emperador. Esta idea por Strauss calificada con razón de infantil, era tan irrealizable como el deseo del mismo Erasmo de mantener su posición neutral. La neutralidad era lo que mas apetecía Erasmo en todo, pero como no le satisfacía la actitud de ninguna de las partes, sucedió que fué mirado por una y otra con recelo, y ambas le excitaban á declarar su opinion, tanto mas cuanto que su situación sospechosa le llevaba á incurrir en fatales ambigüedades. En mayo de 1520 escribió ya á su fiel Rhenano: «La tragedia luterana ha encendido tan gran contienda, que no se encuentra seguridad ni hablando ni ca-

llando.» Durante el parlamento de Worms escribió á Justo Jonas que si hubiese previsto los sucesos no habría escrito ciertas cosas, ó de haberlas escrito lo hubiese hecho de otra manera. Mas grave y temible que la gritería de los luteranos y las lamentaciones de costumbre de los fanáticos fué para él que la corte romana empezara á concebir sospechas respecto de su ortodoxia y que encargara á Alejandro le sondeara con toda cautela y delicadeza y le excitara á apoyar abiertamente la causa de la Iglesia. El nuncio observó al recibir este encargo que semejante misión equivaldría á excitar á aquel amigo sospechoso á escribir contra sí mismo. Erasmo, sin embargo, recibió igual excitación de Enrique VIII y de Wolsey, del emperador y del reformista católico Jorge de Sajonia, y se convenció de que continuando en su neutralidad se enemistaría con sus protectores mas principales y daría armas á sus muchos enemigos. Por otra parte los reformistas manifestaron también su disgusto; Lutero expresó el desprecio que le inspiraba el papel que hacia Erasmo y le negó toda competencia en asuntos teológicos; mientras un jóven entusiasta francés, Guillermo Farel, que á la sazón vivía en Basilea, puso á Erasmo el mote de Balaam, para dar á entender que se había dejado sobornar por el oro papal para maldecir al pueblo del Señor. La contienda literaria y la fea divergencia con Hutten, de las cuales hablaremos mas adelante, colocaron á Erasmo, «el príncipe de las ciencias,» y su conducta contra la reforma en la posición mas desfavorable. En su carta á Laurino, escrita en 1.º de febrero de 1523, había expuesto con toda la chispa maligna de que era capaz que se había apartado por pura modestia del asunto de Lutero, porque había pasado en concepto de muchas personas principales por autor de la doctrina de Lutero y de muchos escritos luteranos y se había visto en el caso de no aceptar tan grande honor, sino de contestar muy al contrario con San Juan Bautista: «Yo no lo soy;» cuanto mas que según el juicio de los luteranos no entendía nada de materias espirituales y les dejaba de buena gana el cuidado de andar entre los profetas cuando el espíritu del Señor les inspiraba, el cual espíritu no se había apoderado todavía de él. Por otra parte decía que no faltaban amenazas cortesanas excitándole á dar su opinion como todo el mundo respecto de Lutero, y que era muy peligroso oponerse á semejantes órdenes.

La carta que Lutero escribió en la primavera de 1524 á su contrario y de la cual ya hablamos á su tiempo, no pudo detener la lucha entre Ulises y Ayax, como Zwinglio llama á Erasmo y Lutero en una de sus cartas. El reformador manifestó su opinion respecto de su contrario con una franqueza tan ofensiva que Erasmo se confirmó mas y mas en su trabajo contra aquel. Lutero, y en esto pone por testigo á Jesus, siente en el alma los muchos ataques que se dirigen á aquel hombre de talento, á aquel sabio que debería cuidar tan solo de mantenerse dentro de los límites del talento que Dios le había concedido. Dice que le habían ofendido sus ataques contra los evangélicos y que él jamás había deseado que Erasmo se pusiera abiertamente de parte de estos, porque, añade, «ya vemos que el Señor no te ha dado ni bastante valor ni bastante inteligencia para emprender con nosotros la lucha contra aquellos monstruos, y ciertamente nada queremos pedirte que exceda de tus fuerzas y capacidad.» Este tono de superioridad fué lo que mas hirió á Erasmo, tan acostumbrado á la admiración y lisonjas de los demás; y en setiembre de 1524 publicó su disertación sobre el libre albedrío. La elección del tema era habilísima, porque no le obligó al humanista á defender un dogma que si no le repugnaba le era indiferente, y al mismo tiempo le ofrecía la ocasión de defender á la vez la doctrina de la Iglesia y un principio fundamental de la filosofía platónica del

Renacimiento. Los apóstoles entusiastas del humanismo y de la humanidad, cuya nobleza natural llevaba en sí, según los humanistas, el germen de todo lo grande y bello, no podían someterse al carácter pesimista del determinismo. Representantes tan diversos del humanismo como Lorenzo Valla, Pico de la Mirandola y Pantano habían escrito para gloria y en defensa del libre albedrío, y á la sazón salió Erasmo á combatir por la misma causa, en cuyo favor le impulsaba principalmente su tendencia escéptica y su aversión á toda definición que pudiera comprometerle. Aunque no negaba del todo que la voluntad humana depende en cierto modo de la gracia divina, sale del compromiso de elegir entre diferentes opiniones probables, diciendo que consideraba irreligiosa toda investigación de semejantes misterios y como mera curiosidad superflua. En todo este escrito se conoce que Erasmo, según él mismo dice, no se había lanzado al combate de su libre voluntad, como sacerdote de las musas, sino que otros le habían impulsado á bajar á la arena. *Jacta est alea*, escribió al obispo Tunstall de Lóndres, que era uno de los que mas le habían excitado á la contienda; pero aquella frase, ya usada por el exagerado y violento Hutten, en boca de Erasmo, que había calificado á su contrario de Wittenberg de un mal necesario, no puede ser considerada sino como un suspiro, no como un grito de guerra.

Lutero no se dió por grandemente ofendido, bien que confesó que entre todos sus adversarios solo Erasmo había dado en el punto cardinal de la disputa. Con repugnancia decidióse á contestar al escrito de Erasmo, como dice en la introducción de su trabajo, concluido en diciembre de 1525, no por veneración ni por miedo, sino solamente por la indignación y el desprecio que le inspiraba la conducta contradictoria é indecisa de aquel carácter de Proteo. Erasmo mismo dice en una de sus cartas que era una impiedad querer mantenerse neutral entre Cristo y Belial, pero que era prudencia pasar entre Scila y Caribdis. Esta prudencia mundana de pasar bordeando entre las cuestiones religiosas mas elevadas, no podía menos de indignar á Lutero en el fondo de su alma. Vió instintivamente en el gran humanista al iniciador de una corriente que había de llevar al indiferentismo religioso; á otro Luciano, á un epicúreo y ateo oculto, en una palabra, al paganismo resucitado en el Renacimiento, ó sea á la razón natural, que se atreve á sujetarlo todo á su medida y á reirse de lo que no comprende. Lo que excitó á Lutero mas que todo fueron aquel sentimiento de superioridad y la risa burlona que se oía al través de los discursos cautelosos y cristianos del incorregible racionalista; y bien podemos creer al reformador cuando dice que de todas las polémicas dirigidas contra él solo había leído enteramente una, la de Erasmo, pero que al leerla había sentido mas de una vez ganas de arrojarla debajo del banco. Con toda la brusquedad de que era capaz escribió entonces uno de sus trabajos literarios mas grandes titulado: *De servo arbitrio* (Del albedrío esclavizado); y mientras Erasmo repetía con repugnancia lo que no podía ya retirar ó siquiera atenuar, Lutero en la obra citada contra el escepticismo del Renacimiento manifestó ideas y conceptos sobre el mundo que no habían dominado á la Iglesia, pero que habían penetrado desde siglos en el ánimo de las masas. Ritschl dice que á pesar del cauteloso semipelagianismo del sistema teológico dominante, el espíritu popular desde los comienzos de la Edad media había sido determinista é inclinado á la doctrina de la predestinación. Ya hemos dicho que esta doctrina se manifestó bajo diferentes formas y hemos visto también que sus consecuencias podían ser muchas, muy distintas y hasta contrarias. Lutero, muy lejos de querer criticar la dirección divina del mundo ó de poner límites á la omnipotencia de Dios en bien de sus cria-

turas, pone enfrente de la soberanía ilimitada de Dios la absoluta dependencia é impotencia del hombre, sin lamentarse de ella. Su Dios es el Dios nominalista en toda su rígida majestad, tal como antes se presentaba á su mente en las luchas del alma del jóven fraile. Quisiera Lutero mitigar en algo aquella rigidez divina suponiendo dos voluntades en Dios, una revelada y otra oculta, pero entonces se embrolla, como Ritschl ha demostrado, en las contradicciones de una idea doble cuya mezcla de dos elementos, uno escolástico y otro reformador, no puede formar una verdadera unidad. Lutero niega decididamente todo libre albedrío fuera de Dios. Dios hace todo en todos los seres, hasta en los ímpios y en el mismo diablo; Dios hace que el corazón del Faraon se obstine, y Dios quiere la muerte del pecador. La voluntad humana se halla como una bestia de carga entre Dios y el diablo, incapaz de elegir al que ha de llevar encima; y que la monte Dios ó el diablo, ella no va sino á donde quiere el jinete. Nada de desesperante tiene para Lutero esta idea de ser una pura bestia de carga, ni tampoco entristeció á Zwinglio ni á Calvino (1), muy al contrario, Lutero dice que quisiera no tener albedrío, porque no se encuentra en ninguna parte tan seguro como en la mano de Dios, cuyo poder ilimitado le hace olvidar completamente la insuficiencia y la debilidad propia suya. Cuando se pregunta por qué Dios quita á una persona la voluntad de hacer mal y se la da á otra que según la misma creencia ha de aceptarla sin poder hacer nada en contra y ha de correr á su eterna condenación, Lutero reserva la solución de este enigma á un mundo futuro. Pudiera verse en el libro del albedrío esclavo una renuncia y despendida de la reforma dirigidas al humanismo; y si Lutero menciona alguna vez á Homero y á Virgilio, al hado de los antiguos y á las inexorables parcas, también dice al mismo tiempo que la pretendida virtud de los antiguos solo nació de su amor á la fama, lo cual ante Dios constituye el peor pecado. Hasta sostiene que la razón humana, al considerar el curso del mundo físico y sus muchas disonancias, debía deducir necesariamente que no existe la divina justicia, es decir, que no existe Dios. Pico de la Mirandola creía entusiasmado que el hombre llegaría á conocer el hermoso á la par que necesario orden divino del mundo y juzgaba feliz al hombre porque era el artífice de su propio destino y según su voluntad podía elevarse hasta llegar á ser semejante á Dios ó rebajarse hasta la condición de bestia. Era preciso, según Lutero, renunciar completamente á este modo de pensar de los talentos aristocráticos seguros de sí mismos y ébrios del sentimiento de lo bello, si habían de entrar en el goce de su derecho los pobres y los pequeños, las conciencias angustiadas y los que en este mundo se llamaban desheredados.

Detrás de cada lucha intelectual se ocultan los intereses materiales, tan pronto como la lucha toma una forma palpable y se extiende á las masas. Además del movimiento eclesiástico había otras cosas que encendían la sangre alemana en aquella época. Había tentativas pacíficas y brutales para dar una nueva organización al imperio; había ambiciones dinásticas y potentados, guerras extranjeras y conmociones sociales nunca vistas, que acompañaban y extendían su influencia á la marcha de la reforma; y á pesar de todas las protestas y lamentaciones, las cosas espirituales se unían y penetraban con las mudanzas. Por eso Lutero dijo, lamentándose también: «Este Evangelio gusta muchísimo al pueblo, solo que lo entiende corporalmente.» En las clases superiores la revolución eclesiástica suscitó, además de las ideas y pasiones religiosas, otras cuestiones para cuya resolución convenía

(1) Como Lutero, Zwinglio y Calvino se creían apóstoles y por tanto predestinados á la gloria eterna, no tenía nada de extraño que no les asustase la idea de la predestinación. (N. del T.)

á aquellas clases darles un color religioso propio de la época. Este color religioso vino muy de molde á los deseos de secularizar los bienes eclesiásticos, y por otra parte favorecía los proyectos socialistas agrarios, así como el clero so capa de religion pretendía por su parte salvar sus privilegios y bienes. Todos se servían del nombre de Dios y de la Sagrada Escritura para legitimar los intereses humanos, lo cual naturalmente produjo muchas contradicciones é injusticias y una hipocresía desmoralizadora; siendo el caso que los frutos perniciosos de semejantes crisis maduran mucho mas rápidamente que los frutos saludables.

En esta lucha agitada de las fuerzas políticas y sociales desaparece un tanto la figura religiosa del reformador, que ha dominado necesariamente sobre la última parte de nuestra historia, y es preciso reconocer que aquel grande hombre, ocupado únicamente en luchar por la salvación eterna de todos los hombres (1), miró las cosas de este mundo y el porvenir de su patria con una ingenuidad puramente infantil. Carecía completamente de la mirada penetrante del hombre de Estado y vivía firmemente convencido de que el presente intrincado de su tiempo era la aurora del día del juicio final, que podía tardar y que podía presentarse en cualquier momento. Pero aunque Lutero hubiese sido hombre político y estadista y se hubiese cuidado de la mala situación política y mundana del imperio, procurando el remedio con igual valor y brío con que atacó la cuestión religiosa, acaso habría perdido, lo mismo que los demás, toda esperanza de resolver aquella cuestión.

CAPITULO V

EL GOBIERNO Y LA NOBLEZA DEL IMPERIO

El joven emperador se había presentado ante los Estados del sacro imperio romano, en el parlamento de Worms, en toda la plenitud de su dignidad, con la intención francamente declarada de acabar con la multiplicidad de gobiernos alemanes. Manifestó que su aceptación de la corona de rey de Romanos había sido una resolución completamente desinteresada, porque no había querido ensanchar con esto sus dominios y su poder sino que esperaba restablecer la antigua majestad del imperio con ayuda de sus demás coronas, ya que ninguna monarquía del mundo podía compararse en gloria, hermosura, poder y fuerza con el imperio alemán de entonces, el cual antes de su advenimiento había quedado reducido á una sombra de lo que había sido en lo antiguo.

Este lenguaje era el mismo que había usado siempre Maximiliano, pero tenía mas importancia en boca de un monarca cuyos dominios comprendían una extensión desconocida desde siglos y que en su mayor parte estaba fuera del alcance tanto legal como material de los parlamentos del imperio. Al propio tiempo se descubrió luego que la juventud del emperador no era obstáculo para que tuviera voluntad propia é independiente; y así como en el asunto de Lutero su actitud personal decidió la cuestión, del mismo modo los Estados ó miembros del imperio supieron pronto que su joven soberano representaba en cuestiones puramente políticas principios monárquicos rígidos y que para él la dignidad imperial era una institución divina, siendo de consiguiente toda concesión hecha á los miembros del imperio un mero acto de merced imperial.

Durante la reunión del parlamento pasó á mejor vida Chievres, aquel anciano político á quien se había considerado

(1) Menos, sin duda, los que según Lutero estaban predestinados á la condenación eterna. Pero los que por el contrario estaban predestinados á la gloria, ¿para qué necesitaban á Lutero? (N. del T.)

hasta entonces como el verdadero gobernante y consejero omnipotente; pero en breve se vió que Aleandro tenía razón cuando dijo que la muerte, al llevarse á Chievres, no había hecho mas que desembarazar al emperador de su ayo y maestro, ó como decían los antiguos griegos, de su pedagogo, para que resplandeciera con mayor brillo su madurez prematura. Por supuesto, ni Carlos ni sus consejeros extranjeros pudieron entenderse en el laberinto intrincado de la política interior del imperio. Para esto el emperador habría necesitado irremisiblemente consejeros naturales del país, como Mateo Lang y otros instrumentos de la política de Maximiliano; tanto mas cuanto que se repitió la misma lucha que había ocurrido antes entre Maximiliano y los Estados y que había producido el gobierno de 1500. El gobierno del imperio de 1500, si hubiese durado, habría quitado al jefe del imperio el gobierno supremo ó poco menos; y Carlos se había comprometido en su capitulación electoral á reinstalar la comisión de los grandes potentados que se había adjudicado casi el poder soberano. Los Estados, ó sean los príncipes del imperio, no contentos todavía con aquella organización, proyectaron quitar aun mas poder al emperador nuevo, como, por ejemplo, en la concesión de feudos del imperio; pero Carlos se opuso con indignación á que se le tratara como un menor de edad y se le quisiera poner bajo tutela como á un niño. Sin embargo, una vez jurada la capitulación electoral, no había que pensar en negarse á cumplirla. Además, Carlos se hallaba en vísperas de una guerra con Francia y no pudiendo contar por el momento con recursos de España, á causa de la situación política de este país, y estando impaciente por regresar á sus Estados hereditarios, necesitaba recursos de Alemania, á pesar de haber dicho con mucha altanería que no quería llenar su bolsillo á costa de los alemanes. Tenía, pues, que proceder á crear una organización en toda regla de la representación del poder supremo en el imperio, pero entretanto obtuvo que se accediese á su exigencia mas importante, que fué que la nueva institución funcionaria solamente durante su ausencia, bajo el nombre de «Gobierno de S. M. imperial en el imperio,» y que hallándose el emperador en Alemania este instituto funcionaria solamente con el nombre de consejo hasta que un parlamento hubiese decidido tocante á su continuación ó existencia futura; por manera que el emperador había logrado dar á la institución que había jurado restablecer, meramente un carácter provisional. También se había reservado el derecho de hacer alianzas, la decisión definitiva respecto de los feudos del imperio caducados (como, por ejemplo, en el asunto de Wurtemberg) y que los miembros del consejo imperial que no fuesen electores le juraran solamente á él fidelidad, sin mencionar el imperio.

Esto no significaba todavía el triunfo del poder monárquico sobre los Estados, porque el nuevo orden de cosas continuó en el fondo siendo federal, pues que en el arreglo de las relaciones entre el jefe del imperio y sus miembros los Estados se calificaba expresamente este arreglo de «contrato, convenio y obligación,» en la inteligencia de que el gobierno instalado había de ser garantía suficiente de la completa soberanía de los potentados dentro de sus territorios. El emperador tenía que nombrar el lugarteniente y cuatro de los veintidos miembros, y los otros diez y ocho votos se repartían por terceras partes entre los príncipes electores y los círculos, y la tercera parte correspondía á los príncipes, preladados, ciudades y caballeros. Solo los príncipes electores podían nombrar por sí sus representantes, mientras que los de las otras dos clases debían ser nombrados por el gobierno, con la limitación de que se excluyeran algunos miembros del imperio á pesar de su capacidad de tener representantes. En

cuestiones muy importantes podía el gobierno convocar á los príncipes electores y á los doce príncipes de representación, y en caso extremo á todos los miembros del imperio ó sea al parlamento. La competencia del gobierno se extendía desde luego á todos los asuntos interiores del imperio y bajo su inspección se hallaban en primer lugar el tribunal imperial y el poder supremo ejecutivo, y luego la autorización muy valiosa de tratar dentro del imperio y con otras potencias cristianas en materia de la fe de Cristo. El domicilio del gobierno como también el del tribunal imperial debía estar interinamente en Nuremberg. Si á esto se agrega que este tribunal supremo del imperio se compuso en adelante de diez y ocho miembros adjuntos, cuatro imperiales y catorce nombrados por los Estados, tribunal que por su composición y por la vigilancia sobre el gobierno realizaba una antigua exigencia de los Estados, se observará, como dice Wynken, que este gobierno era el verdadero poder supremo en el imperio, por mucho que el emperador se hubiese reservado ciertos privilegios ya en principio, ya en la forma.

Mas que de los artículos debatidos y aprobados de la nueva institución, el porvenir de esta conquista de los Estados dependía de si continuarían ó no su rivalidad tradicional y su indiferencia por la cosa pública en general, y finalmente de si darian ó no pruebas de su capacidad para gobernar. La inseguridad de la nueva institución indujo á los príncipes electores, á los cuales tocó el papel principal en el gobierno, á renovar su antigua unión electoral; y al propio tiempo la liga de Suabia, que últimamente se había prolongado hasta 1523, empezó á preparar una nueva próroga. Por esta próroga se interesó vivamente el emperador, al cual convenia muchísimo la conservación de aquel fuerte y probado baluarte de la política de los Habsburgos; y el duque Guillermo de Baviera calificó entonces la liga de Suabia de la mejor garantía contra las tendencias soberanas de los príncipes electores. Las ciudades que dependían directamente del imperio tenían sobrado motivo para estar descontentas de la conducta que los grandes potentados observaban con ellas, como luego veremos; tanto que el representante de Francfort vaticinó entonces que el gobierno y el tribunal imperial no durarían mucho tiempo.

Sabido es cuán difícilísimo fué en toda época reunir fondos para necesidades del imperio, y esta vez se comprendía de antemano que las nuevas instituciones no podían vivir sin una base positiva, ó sea sin contar con los fondos indispensables. Sucedia lo que en tiempo del elector Bertoldo, es decir, que los Estados del imperio, desde los mas poderosos hasta los mas humildes, no miraban la cosa pública con seriedad ni asiduidad; de suerte que había razón para considerar todos los proyectos de reforma como frustrados desde un principio. En Worms la idea de una contribución del imperio encontró la mas decidida resistencia por parte de las ciudades, si bien muchas de ellas, como Nuremberg y Worms, podían invocar sus grandes gastos hechos con motivo de guerras interiores. Lo cierto era que para tener paz y justicia se necesitaba dinero; mas á pesar de estar todo el mundo conforme con esta opinión, nadie quería hacer el sacrificio mas modesto. Los condes y señores declararon rotundamente que no pagarían nada y no faltaron príncipes que dijeron que ningún provecho sacaban del imperio. Tampoco se adoptó, quizá por consideración al emperador, la proposición de retener los fondos destinados á Roma, á pesar de las muchas quejas que contra los gravámenes impuestos á toda la nación había formulado el parlamento, quejas que no podía haber expresado mejor el mismo Lutero. Ahora bien, si consideramos que en total no se trataba de reunir sino poco mas de 50,000 florines anuales para sostener el gobierno y

el tribunal supremo, tendremos el rasgo mas característico de lo que era el imperio entonces, cuando sus miembros ni aun esta suma mezquina querían reunir. Debíó de contribuir por lo demás á este triste resultado la convicción pesimista de que las tentativas de reforma no habían de dar ningún resultado y de que no era posible corregir el estado político existente.

También era muy desfavorable para el éxito de la reforma principiada el hecho de ser, en la apariencia, una exclusiva creación de los príncipes; y aun que se guardaba en ella cierta consideración á los miembros de la clase inferior del imperio, se hacía resaltar particularmente mas que nunca la antigua relación inarmónica entre los príncipes y las ciudades. Un embajador inglés en Worms juzgó entonces, como Maquiavelo había juzgado en otro tiempo, que la verdadera fuerza de Alemania estaba en las ciudades que dependían directamente del imperio, lo cual ciertamente era verdad bajo el punto de vista de la hacienda; pero la importancia internacional del capital de la Alemania del Sur no podía compensar la sensible falta de una posición política sólida de las ciudades dentro del imperio. En este concepto la preponderancia de los príncipes era incontestable y, en realidad, las ligas de las ciudades habían terminado su papel ó poco menos. Las ciudades deberían haber observado que los soberanos desde el siglo xv trabajaban para quitarles dentro de sus territorios toda influencia en la política mercantil, y que en importantes asuntos económicos los organismos grandes triunfaban de los pequeños. Verdad es que ni el imperio, ni los príncipes, ni los señores podían pasarse sin el dinero de los maldecidos comerciantes y especuladores. Mientras al conferenciar sobre la expedición del emperador á Roma no se consultó siquiera á los representantes de las ciudades y se concedieron para la citada expedición por los príncipes y potentados 20,000 infantes y 4,000 caballos, se distribuyó este gasto de modo que á la ciudad de Nuremberg se le señaló una contribución mayor que la de los príncipes electores, y otra igual á ellos para el gasto del gobierno y tribunal supremo.

A la contraposición casi hostil existente entre los príncipes y las ciudades, se agregaban la animadversión de la nobleza baja del imperio contra los unos y las otras, y las contiendas eternas entre los miembros del imperio. Un corresponsal inglés citaba entre los asuntos destinados á ser discutidos en el parlamento de Worms, las reclamaciones del elector del Palatinado y de los margraves de Franconia contra la ciudad de Nuremberg, las contiendas de los duques de Brunswick, las pretensiones del de Baviera sobre el Palatinado nuevo, las desavenencias del arzobispo de Colonia y de los obispos de Wurzburg, Constanza y Bamberg con sus ciudades, y otras de mas de treinta obispos con señores laicos. El legado pontificio Chieregati pudo escribir con razón un año despues que toda la Alemania estaba ardiendo. Enfrente de este caos en que se hallaban envueltos los miembros del imperio, estaba la política del emperador, con sus fines bien marcados y decididos. Carlos había tomado ya en Worms disposiciones para no hallarse representado durante su ausencia únicamente por los órganos constitucionales del imperio. En 28 de abril entregó, si bien solo provisionalmente, los cinco ducados del Austria Baja á su hermano menor Fernando, que poco despues celebró sus bodas con Ana de Hungría y al cual había nombrado lugarteniente suyo en el imperio; solo que por no poseer el joven infante todavía el idioma alemán debía hacer sus veces en el gobierno el conde palatino Federico. Entonces también prometió el emperador á su hermano elevar eventualmente el Austria á reino, lo cual habría colocado á los Estados hereditarios de Austria en situación independien-